

Para significar estas y otras diferencias de pecados, dijo el Apóstol (1) «que sobre el fundamento de la Iglesia, que es Cristo, unos edifican oro y piedras preciosas, y otros madera, heno, y paja y que cada una de estas cosas había de pasar por el fuego y permanecer ó quemarse en él, según la materia que tuviese. Los que edifican oro y piedras preciosas, no tienen porqué temer el fuego; mas los que edifican madera, heno ó paja, no pueden dejar de quemarse en él; sino que más tiempo ardera la leña y menos el heno, y mucho menos aún la paja, que en un punto se acaba.» Por las cuales cosas podemos entender las diferencias que hay en los mismos pecados veniales y en los castigos y purgatorio de ellos; porque algunos pecados hay que son como madera, cuales son los de los imperfectos y principiantes, los cuales durarán más en el fuego; otros, como heno más livianos, cuales son los que están ya más aprovechados, que durarán aún menos que éstos. Otros hay como una paja más liviana, cuales son los de los perfectos, los cuales durarán aún mucho menos, porque muy presto serán purgados. Estos son: una palabra ociosa, una indiscreción, un descuido ó negligencia en cosas pequeñas, en las cuales cosas caen muchas veces, aun los perfectos y santos; por lo cual no es razón que desmayen los imperfectos, cuando de esta manera desfallecieren.

Esto se ha dicho tan por extenso por proveer de remedio eficaz á los pusilánimes y desconfiados. Mas porque el hombre es una criatura tan ciega, que muchas veces hace de la medicina ponzoña, y no sabe huir de un extremo sin caer en otro, por tanto me parece avisar al cabo, que esta medicina no se ordenó aquí para los atrevidos y flojos, sino para los pusilánimes y cobardes; y por esto, si el atrevido y el flojo quisieren aprovecharse de ella, no harán más que tomar una medicina hecha para la cura de un humor frío y aplicarla para la de un humor caliente.

Ni tampoco á los pusilánimes se les pone aquí perpetuo

(1) 1. Cor. 3.

entredicho en el dolor y remordimiento de los pecados, el cual es como un escarmiento saludable para no volver á ellos, sino para que de tal manera tomen este desabrimiento, que no turben la paz del corazón, que es centro y lugar donde reposa Dios. Bueno es el dolor de los pecados mas ha de tener su medio este dolor con que se desvíe de los extremos. Y por esto el Apóstol aconseja en la segunda epístola á los de Corinto (1) que consuelen y esfuercen á un cierto penitente; no porque tuviese él por mala la tristeza y dolor de los pecados, la cual allí alaba con tanta razón, sino porque con la demasiada tristeza no se ahogase y desmayase el que así se afligía; y esta es de la que aquí hablamos.

#### ARTÍCULO IV

##### CUARTO IMPEDIMENTO, DE LOS ESCRÚPULOS

Los escrúpulos tambien, que nacen de los mismos pecados, suelen impedir mucho la devoción por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mismos; si consentí, si no consentí; si recé, si no recé; si confesé, si no confesé; y así en otras cosas semejantes; lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazón, en el cual mora Dios. Porque si la cama de aquel Esposo celestial es florida, según se escribe en los Cantares (2), ¿cómo podrá El reposar en el corazón que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas?

También esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual si no puede quitar del alma el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien de él, empleándolo, no en temer, como era razón, los verdaderos peligros sino los falsos y aparentes. De manera, que si no puede secar la vena del agua viva que envía Dios á nuestra alma, procura divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no

(1) Cap. 2. — (2) Cant., 1.

se rieguen con ellas las plantas saludables de las virtudes. Esta fué la astucia de aquel capitán Holofernes (1), el cual, teniendo cerrada la ciudad de Bethulia, ya que no pudo secar la fuente de donde le manaba el agua, mandó quebrar los caños por do iba, para que así se divirtiese y derramase por donde no aprovechase á los moradores de ella.

También esto nace de no tener los escrupulosos bien entendida la bondad de nuestro Señor, y el deseo grande que tiene de la salvación de los hombres, y de lo que principalmente les pide para esto. Porque en hecho de verdad, los escrupulosos, cuanto es de parte de sus escrúpulos, son muy injuriosos á la divina Bondad, y no sienten de ella, como era razón, antes tratan con Dios como tratarían con un juez muy achacoso que anduviese buscando puntillos de derecho y maneras de calumnias para negar al reo su justicia. De manera, que no entienden cuán grande sea el deseo que Dios tiene de la salvación de los hombres, aunque saben el tormento que le daba esta sed en la cruz (2), la cual sentía más que la misma cruz; pues no quejándose de la cruz se quejaba de ella. Tampoco entienden lo que principalmente pide al hombre para agradarse de él, que es un corazón determinado en lo bueno y preparado para cualquier trabajo, antes que hacer una ofensa contra El. Porque á lo menos el hombre que esto conociese y se hallase con tal propósito y determinación, como por la piedad de Dios se hallan muchos, que por todo el mundo no harían un pecado mortal, los que esto viesen en sí, muy poca razón tendrían para tener escrúpulos, teniendo en sus almas una tan rica prenda de la amistad y bienquerencia de Dios.

Entre los remedios que se se suelen dar contra los escrúpulos, el primero y más principal es sujetarse humildemente al parecer ajeno y dejarse regir por otro. Porque nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias, y que

(1) Judith, 7.—(2) Joan., 19.

á ninguna criatura dejó sin su remedio, éste fué el que principalmente proveyó para esta dolencia; conviene saber, que cuando el hombre no pudiese curarse por su propia razón y prudencia, se curase por la ajena. Porque en tal estado como este, ni debe el hombre creerse así, porque es parte en esta causa, ni hacerse médico de sí mismo, aunque sea letrado, pues está enfermo. Y por eso quiere el Señor que se deje curar de otro y que le obedezca en todo, cuando es persona para eso. Y si por acaso errase el aconsejador en lo que decía, no por eso erraba el aconsejado; pues le mandan que en este caso siga su consejo.

Mas porque no basta decir que se quiten los escrúpulos, si no se da remedio contra ellos, por esto será necesario tratar de lo uno y de lo otro, porque no sea del todo manca y defectuosa esta doctrina.

Las causas de los escrúpulos son diversas; y así también lo son los remedios. Porque algunas veces permite Dios esta pasión en los suyos, como permite otras dolencias y trabajos, para que sean como una lima y purgatorio de sus pecados, ó para mayor mérito y corona de ellos. Y para éstos, no hay otros mayores consuelos ni remedios que los que generalmente se dan para todo género de trabajos, de los cuales está llena toda la Escritura divina.

Otras veces nacen de melancolía, que es un humor apañado para mover la imaginación y apetito con diversas pasiones de tristezas y temores demasiados, de don nacen diversos escrúpulos y desasosiegos de la conciencia. Y cuando las escrúpulos nacen de este humor, más necesidad tiene, como dice San Jerónimo, «de los remedios de Hipócrates (1) que de los que aquí se pueden dar.»

En otros nacen del amor propio y del no saber hacer los hombres diferencia entre el pensamiento y el consentimiento de la voluntad, por donde muchas veces vienen á tomar lo uno por lo otro, y creer que pecaron donde no pecaron. Porque el demasiado amor que el hombre se tiene

(1) In Epist. ad Rusticum.

le hace temer, más de lo que conviene, su peligro; y este temor demasiado, junto con la ignorancia susodicha, hace muchas veces temer donde no hay que temer.

Aprovecha también para curar esta dolencia, no dar lugar á los escrúpulos en cuanto sea posible, ni condescender con ellos en lo que piden. Porque así como el medio que se suele tener para quitar un siniestro á un caballo, es no dejarle salir con él; así también conviene hacer esto mismo para curar los siniestros del corazón escrupuloso. Especialmente sabiendo que los escrúpulos son de tal calidad, que por la misma razón que abrimos puerta para uno, la abrimos para otros muchos; y así nunca el hombre acabará toda la vida con escrúpulos.

Y para ayudar á salir con esto, es mucho de notar una doctrina que Cayetano da en la Suma á los que son escrupulosos acerca de la confesión (1), que es una de las principales cosas en que ellos suelen tropezar; la cual es, que no se ha de tener el escrupuloso por tan obligado á confesar todo aquello de que le vienen dudas si lo confesó ó no lo confesó, como el que no lo es. Pongamos ejemplo. Si yo, que no soy escrupuloso, tengo duda si me confesé de un pecado ó no, ó si recé una hora canónica ó no, estando así formalmente dudoso, obligado seré á hacer por donde salga de esta duda por no ponerme á peligro de pecado mortal. Mas si soy escrupuloso, no basta cualquier duda para ponerme en esta misma obligación; porque probablemente puedo creer de mí que la pasión de los escrúpulos, así como me hace muchas veces temer donde no hay que temer, así también me hará dudar donde no hay que dudar. Y por esto, con mucha razón, se aconseja al escrupuloso, que después que una vez se hubiere confesado con mediano aparejo y examen de su conciencia, que no abra la puerta á cualquier duda que después se le ofrezca sobre la confesión pasada, sino que se satisfaga con decir: Ya yo hice un mediano examen para haberme de confesar, y de

1) Verbo Scrupulos.

creer es, que como dije otras cosas, también diría ésta, de que ahora tengo duda, con ellas ó distintamente, ó á lo menos debajo de algún cierto número que comprendiese esta culpa con otras semejantes, aunque no se dijese una por una, y esto me debe por ahora bastar; porque si comienzo á hurgar este cieno, nunca jamás acabaré con escrúpulos, con los cuales haré gran daño á mi alma y vendré á á inhabilitarme y mancarme para todos los ejercicios de la oración y de virtud, que es un grande inconveniente. Y por esta causa tan razonable, quiero darme por contento con lo hecho y no dar ocasión á nuevas marañas.

Con esto, pues, se debe quietar cualquier escrupuloso, especialmente el que siente en su alma aquel santo propósito y determinación que arriba dijimos. Porque el que se halla con un corazón tan aparejado para todo lo que manda Dios, que si fuese menester decir todos sus pecados á voces en la plaza los diría, habiendo hecho su diligencia, ¿qué tiene éste por qué temer? Y si caso fuese que en hecho de verdad se quedase algún pecado por confesar, quedándose por esta vía, no por esto tiene el hombre por qué temer porque este dictamen susodicho le salva. No hizo Dios la confesión para lazo de las conciencias, sino para alivio y descargo de ellas; y sin duda no fuera alivio, sino lazo, si le echara tan grandes cargas y obligaciones como los escrupulosos imaginan.

Y porque el no saber la diferencia que hay entre el pensamiento y el consentimiento, dijimos también que era causa de escrúpulos, será bien que demos alguna luz en esta parte. Pues para esto es de saber, que con un pensamiento malo se puede haber el hombre en una de cuatro maneras. Porque si cuando el pensamiento se levanta acude luego con el temor de Dios, ó con la representación ó memoria de Cristo crucificado, y lo lanza de sí, aquí no hay pecado sino merecimiento, pues va vencido el enemigo. Más si algún tanto se detiene en él, ya este detenimiento es culpable, y es pecado venial, más grave ó más

liviano, según fuere mayor ó menor el detenimiento. Y para acusarse de este exceso, basta que señale la especie del pecado diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de vanagloria, y no lo deseché tan presto de mí como debiera, antes me detuve algún tanto en él. Pero si el negocio pasa tan adelante que llega el hombre á consentir en aquel mal pensamiento, determinando de ponerlo por obra, si se le ofreciere aparejo para ello, ya esto es conocidamente pecado mortal, y por tal se ha de confesar. Y esto no es malo de conocer, porque el tal consentimiento es una cosa tan fea y tan consentida por todo el hombre, que muy claramente podrá quien quiera conocer la diferencia que hay entre un simple pensamiento y un consentimiento deliberado de estos. Porque esta es ya una manifiesta desvergüenza contra Dios, y dejar el hombre sellado, y firmado de su nombre, que quiere alzarse y rebelarse contra Él y quebrantar sus mandamientos.

Otro grado hay más delicado que estos, que es el que llaman los teólogos delectación morosa, que es consentimiento deliberado, no en la obra exterior, sino en el deleite del pensamiento interior, que es cuando el hombre determinadamente quiere estarse deleitando en un pensamiento malo; aunque no le quiera poner por obra. Pues aquí es donde suelen tropezar los escrupulosos y tomar ocasión para sus escrúpulos. Para consuelo de los cuales, es de saber, que para que esta manera de delectación sea pecado mortal, se requiere que haya en ella consentimiento deliberado de querer el hombre deleitarse y ocuparse en pensar una cosa que de suyo es pecado mortal, y entiendo por deliberado, cuando el hombre de propósito quiere estar deleitándose con el pensamiento de una cosa torpe, ó viendo que está en esto, no la desecha. Por do parece, que si esto viene como á traición, cuando el hombre sin mirar lo que piensa se embebece en un pensamiento de estos, y cuando abre los ojos y echa de ver lo que pien-

sa, luego lo lanza de sí, ya aquí no hay pecado mortal, porque no fue este consentimiento deliberado. Item, si después que advierte lo que pensaba, y procurando de apartarse de ello apenas lo puede hacer por estar ya el corazón tan cebado en lo que pensaba, que no lo puede bien sacar de allí, tampoco hay aquí pecado mortal; porque esto procede del ímpetu de la pasión precedente, la cual así como no fué voluntaria, así tampoco lo será todo lo que después se sigue de ella; porque si la causa no fue pecado, tampoco lo será el efecto que necesariamente de ella se siguió.

Y porque en esta materia hay muchas delicadezas que decir (1), de que tratan copiosamente los teólogos, solamente diré para este propósito lo que escribe uno de ellos, conviene saber: que este pecado regularmente no cae sino en personas desalmadas que viven sin temor de Dios, y que si dejan de pecar, no es por respeto de la conciencia, sino de la honra ó del mundo, ó por falta de aparejo; las cuales, ya que no pueden salir con lo que pretenden, hacen eso que pueden, que es estarse deleitando en cosas torpes y deshonestas, y gozar de aquel deleite fantástico é imaginado, porque no pueden gozar de otro.

Con estas cosas y con otras semejantes, se podrá curar esta dolencia de los escrupulosos; porque aunque en algunos parece incurable, pero en hecho de verdad no lo es, mayormente en los humildes y sujetos al parecer ajeno, de los cuales muchos hemos visto ya curados y restituidos á la salud.

## ARTÍCULO V

### QUINTO IMPEDIMENTO DE CUALQUIER OTRA AMARGURA Y DESABRIMIENTO DEL CORAZÓN

No sólo el desabrimiento que nace de los escrúpulos, pero generalmente cualquier otro desabrimiento y amar-

(1) T. Theo., 2, 2, q. 154, y. c.

gura de corazón, ora nazca de ira, ora de envidia ó de rencor, ó de cualquiera otra mala raíz, es impedimento grande para la oración. Porque como la dulzura y amargura sean cosas contrarias, claro está que mal podrá caber en un mismo corazón la amargura del vicio y la suavidad de la oración, que es el más suave de todos los lectuarios del alma. Por lo cual dice San Agustín (1): «Mira que tu corazón es un vaso que está lleno de hiel, y por eso si quieres henchirlo de miel, es menester que primero vacíes la hiel.» Por esto con mucha razón nos manda el Apóstol (2) que desechemos de nuestras almas todos estos desabrimientos y amarguras de corazón, las cuales así como son perjudiciales á la caridad, así también lo son al fervor de la caridad y alegría de la devoción. El lugar donde mora Dios, es el alma pacífica y mansa, y por esto conviene desechar de ella todo lo que impide esta paz y tranquilidad; porque no la desampare este Huésped celestial. Para lo cual debemos andar siempre con un santo cuidado de nunca abrir la puerta á ningún género de pensamientos desabridos y congojosos; y cuando alguna vez se nos entraren en casa, echarlos muy presto de la puerta fuera, arrojando, como el Profeta dice, muy confiadamente todos nuestros cuidados en el Señor, y haciendo el corazón largo y ancho para todo trabajo con esta fe y esperanza.

#### ARTÍCULO VI

##### SEXTO IMPEDIMENTO DE LAS CONSOLACIONES SENSUALES

Estos cuatro impedimentos susodichos son algo semejantes entre sí, porque, ó son pecados, ó de cosa que nace de pecados. Ahora añadiremos algunos otros, los cuales, aunque sean algo diferentes de los pasados, no lo son en el daño que hacen para el fin que pretendemos. Entre los cuales, es uno, y muy principal, el amor y gusto de las consolaciones sensuales, el cual de todo en todo cierra la

(1) Ex Serm. Dñi. in Mont., c. 2.—(2) Ephes., 4.

puerta al amor y gusto de las espirituales. Porque así como nadie envía el cirujano á la casa del sano, sino á la del herido, así comunmente no enviará Dios aquel Espíritu divino, que tiene por nombre Paracleto, que quiere decir consolador, á la casa de los consolados y alegres vanamente, sino á la de los afligidos y tristes por su amor. «Dad sidra, dice Salomón (1) á los tristes y vino á los que viven en amargura de corazón; beban y olvidense de su pobreza y no se acuerden más de sus trabajos.» Pues para curar esta dolencia, provee Dios de esta medicina, y por esto no la envía á la casa de los sanos; sino á la de los enfermos. «Delicada es, dice San Bernardo (2), la divina consolación, y no se dá á los que buscan la ajena. Es como la mujer casta y legítima, que así como merece ser amada sola, así se agravia si la aman en compañía de otras. En figura de esto leemos, que nunca se dió aquel maná, que contenía en sí toda la suavidad (3), á los hijos de Israel en el desierto, hasta que del todo se les acabó la harina que habían sacado de la tierra de Egipto. Y así nunca se dará al hombre el pan de los ángeles en este destierro hasta que haya renunciado por Dios los deleites y pasatiempos del mundo. Muy mala compañera (4) es la consolación humana para la divina, y por esto es menester que la una vaya fuera de casa, porque no dé mala vida á la otra.

Contra esto hacen algunos, que por una parte querrían tener gusto y sabor en la oración, y después de este ejercicio quieren tener sus pasatiempos y recreaciones, sus pláticas y conversaciones, quieren comer, y beber, y vestir, y tratarse con todo regalo; y finalmente, de tal manera querrían gozar de Dios, que no querrían perder estos buenos bocados del mundo. Estos no piensen que podrán jamás aprovechar en este camino mientras anduvieren á este paso. El ave (5) que juntamente nada y vuela, es reprobada en la ley y tenida por sucia. Pues, ¿quién es figurado por es-

(1) Prov., 31.—(2) Serm., 5, in Natali Domini.—(3) Exod., 16.—(4) Gene., 21.—(5) Lev., 11.

ta ave sino el alma del hombre regalado y sano, que por una parte quiere zambullirse y bañarse en las aguas de sus deleites y refrigerios, y por otra quiere levantar su espíritu á la contemplación de las cosas altas y divinas? No puede ser esto, no se engañe nadie, porque así como la luz y las tinieblas no se compadecen en uno, así tampoco las consolaciones espirituales y sensuales; pues también se contradicen entre sí espíritu y carne, como tinieblas y luz; y por esto el que quiera gozar de las unas, es por fuerza que ha de desechar las otras. De manera que así como los que quieren entrar en un colegio, renuncian primero todas las prebendas y beneficios que tienen, porque de otra manera no podrían ser admitidos en él, así tenga por cierto que ha de renunciar las consolaciones terrenas el que quisiere ser admitido á las divinas. Bien entendía esto el profeta David, cuando decía (1): «No quiso mi alma consolarse con las cosas de la tierra; acordéme de Dios y deleítéme con su memoria, y el deleite fué tan grande. que mi espíritu ya desfallecía.» Mira si fué buen trueque este, y si se podía llamar á engaño, pues por consolaciones tan pequeñas le dieron consolaciones tan grandes y tantas, que quedó lleno y colmado el corazón y no las podía sufrir.

Esta es la causa por que tantos se ponen á pensar en aquella fuente de deleites sin ningún deleite, porque tienen los senos de su alma llenos de otros peregrinos deleites. Amador celoso es Dios de nuestras almas, como Él mismo lo dice (2), y por esto no quiere admitir otros deleites ni otros amores extranjeros con los suyos. Por tanto si quieres gozar cumplidamente de este bien, toma aquel consejo de San Agustín que en una palabra lo comprendió todo diciendo: «Déjalo todo y hallarlo has todo, porque todas las cosas hallará en Dios quien todas las dejare por su amor.»

(1) Psal., 76.—(2) Exod., 20, & 34.

## ARTÍCULO VII

### SÉPTIMO IMPEDIMENTO, DE LOS CUIDADOS DEMASIADOS

Contrario impedimento al de los deleites es el de los cuidados; más no menos dañoso que él. Cuidados y deleites, dice el Salvador que son las espinas que ahogan la simiente (1) de la palabra de Dios. Por donde, con mucha razón, dice San Bernardo (2), que necesidad y codicia eran las dos principales raíces de todos los males del mundo, porque todos los males que se hacen, ó son por salir de alguna necesidad que nos da pena ó por conseguir algún deleite que nos dé alegría. Pues los cuidados de estas necesidades son una de las cosas del mundo que más impide, así el gusto de la devoción, como el reposo de la oración, porque estos arrebatan el corazón de tal manera, que no lo deja pensar en otra cosa que en aquella que los causó, la cual está punjiendo el corazón y dando golpes á la puerta y solicitándonos por su medio. Pues, ¿quién podrá dormir y reposar en medio de tanto mosquito (3) como hay en esta tierra de Egipto? Menester es cierto aquel conjuro del Esposo de los Cantares (4), para que pueda tomar la Esposa este sueño de vida entre tantas cosas que la inquietan. Mas se dirá, ¿qué remedio para sacudir estos cuidados que tan fuertemente se nos pegan? El remedio es que trabajes cuanto te sea posible por descarnar tu corazón del amor sensual de todas las criaturas, porque de este amor nacen todas estas congojas, según que arriba se declaró y por tanto, si quieres carecer de todos los cuidados, el medio es trabajar por carecer de todos los extraños y peregrinos amores. Porque para un salto tan grande como es vivir en esta vida sin cuidados, muy de atrás y muy de lejos es menester que se tome la corrida, así que en una palabra se

(1) Natt., 13.—(2) Super pl. qui habit. Sermón 11.  
Paulo post. initium.—(3) Exod., 8.—(4) Cant., 8.

concluye todo esta doctrina: No ames y no te acongojarás; no te deleites en las criaturas si no según Dios y no te entristecerás por ellas sino según Dios. Créeme cierto que donde las dan las toman, y que el amor y deleite en las criaturas tienen sobre sí muy grandes tributos.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo confianza, que Él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos, pues Él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios, y tomemos solamente á cargo la guarda de sus mandamientos. De esta manera lo hacia la Esposa, cuando decía: «Mi amado (1) es para mí y yo para Él. Él para mí mirando lo que me cumple, y yo para Él, mirando por lo que cumple á su servicio;» dando á entender por estas palabras, que si el hombre se emplea todo en el servicio de su Criador, Él se empleará todo en el bien de su criatura. ¿Por qué se llama la ley de Dios pacto, si no porque hay en ella esta manera de correspondencia y concierto entre Dios y la criatura? Pues; cuándo quebrará este concierto por parte de Dios? ¿Cuándo faltará á nadie su palabra? Con sólo este recuerdo enviaba San Francisco á sus religiosos á negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras de Profeta (2): «Arroja tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá» Oh cuán poquitos cristianos, aunque sean de los muy recogidos, saben hacer esto de verdad. «Muchos hombres, dice el Sabio (3), se llaman misericordiosos, más varón fiel ¿quién le hallará? Pues esta es una de las virtudes más propias del verdadero cristiano; esta es la que más paz acarrea consigo; esta es en la que Dios más veces lo prueba y examina, y esta es, finalmente, la que el hombre menos puede alcanzar por sí, si no tiene especial favor de Dios. No es de todos tener aquella fe de Susana (4), que estando ya sentenciada á muerte en medio de las piedras y de los enemigos, estando ya el agua á la boca y á la sogá á la garganta, tenía su corazón seguro con la esperanza en Dios.

(1) Cant. — (2) Psal., 54 — (3) Prov., 20. — (4) Dan 13.

Mas dirás: ¿Qué haré yo para alcanzar esa virtud? Sigue á Dios, (1) como la Cananea, hasta el fin, yo no callen las lágrimas de tus ojos, y porfia sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita (2). Considera también cuán fiel es Dios, y cuán leal á aquellos que esperan en Él, como lo fué á David, á Abrahán y á Jacob y á todos los demás. En Tí, dice el Profeta, (3) esperaron nuestros padres: en Tí, Señor, esperaron y librástelos. A Tí llamaron, y fueron hechos salvos; en Tí esperaron, y no les salieron en blanco sus esperanzas. Mirad, hijos, dice el Eclesiástico (4), por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor y cayó de su esperanza, ó quien perseveró en sus mandamientos y fué desamparado de Él?

Tanto es sin duda mayor la fidelidad de Dios que la del hombre cuanto es mayor la bondad de Dios que la del hombre. Toma, pues para tus negocios y cuidados aquel consejo de San Agustín que dice (5): Arrójate en los brazos de Dios, y no hayas miedo que hurte el cuerpo y te deje caer: te recibirá y salvará.»

## ARTÍCULO VIII

### OCTAVO IMPEDIMENTO, DE LAS OCUPACIONES Y MÁS DE LA ESPECULACIÓN

Así como impiden los cuidados y congojos del espíritu, así también impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo cuando son demasiados; porque los unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y los otros ocupan el tiempo para que no haya lugar de orar, y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para esta ejercicio, que de ambas cosas tiene necesidad. Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas, pero muy más particularmente lo hacen las de los estudios y las letras, aunque sean de Teología, cuando se ordenan para sola

(1) Math., 15. — (2) Math., 13. — (3) Psal., 21. — (4) Eccles 2. — (5) Lib., 8 ícensos.